

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS

DE LAS BALEARES.

SEGUNDA SERIE.

IDEM.

Esta Asociación no solamente esquivó sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretesto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

LA POLÍTICA INTERESADA.

III.

Como los ríos que atraviesan vastas llanuras y riegan los campos de ameno valle proceden por lo común de manantiales ocultos en las breñas de montes elevados, así los partidos políticos, que tan á menudo obran y se agitan movidos por sus respectivos intereses, pueden muy bien traer su origen de las regiones intelectuales, levantada esfera en que el espíritu humano se cierne con infatigable actividad y energía. Bajaron aquellos de las alturas para arrastrarse en las hondonadas; descendieron estos de las especulaciones de la ciencia para estimular groseras pasiones ó dar pábulo á malignos instintos. Principiaron quizás por una cuestión de escuela, que escitó la curiosidad de los amigos de novedades, ocupó la atención de los pensadores y de los descontentos, y acogida por el espíritu de proselitismo y secundada por el curso de los acontecimientos, pudo adquirir tal importancia, que llega á ejercer un influjo saludable ó nocivo en la suerte de las naciones. Que se trate de un nuevo criterio para juzgar lo pasado ó lo presente, ó bien de un nuevo procedimiento para resolver los problemas políticos, ó simplemente de una solución nueva aplicada á cualquiera de ellos, la índole misma de estas ideas no permite que se queden estancadas en la región de las teorías. Para unos su extrañeza las graba en la memoria, para otros su auda-

cia las reviste de cierto prestigio, y por otra parte su desacuerdo con las opiniones reinantes les da visos de engendro monstruoso ó de científico descubrimiento. Desde el gabinete de los estudiosos bajan á sitios mas á propósito para generalizarlas, é impelidas por una propaganda manifiesta ó clandestina, circulan al aire libre ó se abren paso al través de los obstáculos que encuentran en su camino; y como el prurito de divulgarlas las ha convertido en materia de conversacion y entretenimiento, no viene el caso de que perezcan marchitas y heladas por el soplo glacial de la comun indiferencia. Ocasiones hay en que tal vez ofrece algun peligro el ocuparse en estas ideas; pero ¿quién ignora la fascinacion que el peligro ejerce? Este á veces les da mayor realce, y como alhagan al oído hablándole con la voz de la sirena, y excitan el apetito con el aliciente del fruto vedado, á mas de ser señuelo de incautos, se hacen aguijón de atrevidos. De esta suerte no deja de haber quienes en su fondo divisen ó se figuren divisar la imagen de la verdad y de la justicia, y hay además quienes con ojos de lince columbran las futuras combinaciones en que podrán hacerlas servir de instrumento para saciar su codicia ó llevar á cabo sus ambiciosos proyectos; y el amor platónico de algunos, y los cálculos interesados de muchos mas, forman á su alrededor un núcleo de campeones que aspiran á su realizacion y se hallan dispuestos á propagarlas y defenderlas.

Así las cosas, no es obra de romanos encontrar el lema de una bandera política; pero esta no puede ser desplegada al viento, sin que sea en son de guerra á las ideas que reinaban tranquilas y confiadas en la antigüedad de su posesorio. Y si estas eran ayer tenidas por legítimas y justas y verdaderas, ¿cómo ha de ser posible que de la noche á la mañana sean juzgadas de una manera diametralmente opuesta? cómo no ha de haber quién acuda á sostenerlas, habiendo echado hondas raíces en los entendimientos y creado una multitud incalculable de intereses? Teniendo por precision un crecido número de adictos, la defeccion no puede ser ni general ni simultánea. Las naciones en masa no cambian de un momento á otro de opinion, de afectos, y si se quiere de preocupaciones, como los vientos de cuadrante: para destruir lo que el tiempo ha edificado se necesitan el brazo y la piqueta del tiempo. Así pues la naturaleza misma de las cosas hace que en el campo de la discusion, ó tal vez en campos mas azarosos y funestos, la lucha sea no solo inminente sino tambien inevitable. Las nuevas teorías arrojan el guante á las antiguas, y los que de buena fé ó por interesadas miras las seguan no pueden prescindir de recogerlo; comprenden el peligro que las amenaza, y sienten la necesidad de organizarse en su defensa. Al ver bandera contra bandera, comprenden que es preciso oponer regimiento á regimiento, y el espíritu de asociacion invocado para el ataque no deja de aplicarse tambien á la resistencia. De esta suerte se coloca un partido en frente de otro partido para rechazar su agresion ó recobrar las posiciones de que se le haya desalojado.

Acontece tambien que el principio de la conveniencia individual, que se vale de las ideas para formar partidos, se vale igualmente de ellas para disolverlos ó fraccionarlos. El biello sirve para acercar la paja y reunirla en un monton, y el biello sirve para aventarla y esparcirla. Apenas habrá dogma político que no se preste á comentarios é interpretaciones tan diferentes como si partieran de principios opuestos. Los espíritus aficionados al sincretismo tratarian de conciliarlas todo lo posible;

pero cuando surge una grave escision en un partido, suele ocurrir que no sean pocos los interesados en sacar provecho de sus disensiones intestinas. Entonces cada cual se desentiende del texto para hacer hincapié en la glosa que mas le conviene; y en vez de ahogar el gérmen de la discordia lo fomenta, en vez de apretar el vínculo aflojado procura romperlo, en vez de rellenar la zanja medio abierta la cava y ahonda para convertirla en abismo. Se habla, se escribe, se vocea, se quiere engañar al público y hacerle creer que el recíproco desacuerdo estriba en árduas cuestiones de doctrina, en trascendentales diferencias de conducta, cuando únicamente lo ha promovido la rivalidad de los caudillos, el choque de las ambiciones, las susceptibilidades del orgullo ó la imposibilidad material de satisfacer intereses encontrados y aspiraciones exclusivas. Porque el egoismo se doblega á veces, transige, pacta, cede algun tanto; pero es muy raro que se extinga y anonade en bien de la colectividad. Y todas estas miserias de partido se quieren cubrir con el manto de las ideas, buscándose en ellas la disculpa del proceder y el pretexto del rompimiento. Rígense los partidos por el principio del libre exámen, y careciendo como carecen de una autoridad suprema que pueda decidir donde se encuentra la verdadera, la genuína esplicacion de su credo político, al estallar un conflicto entre sus mas notables adalides motivado quizás por ambiciones incompatibles ó por resentimientos personales, al fraccionarse en bandos disidentes cada uno, se apropia el dictado de ortodojo y trata de imprimir en la frente de los ex-conmilitones el infamante sello de la apostasia. Los denuetos y baldones vuelan del uno al otro bando, como las pelotas en el juego de la raqueta. Cada uno de ellos se jacta de ser la verdadera expresion, el legítimo heredero del partido primitivo, y atribuye á su adversario la barra de bastardía. Las cañas se vuelven lanzas; y los que ayer se veian alineados en una misma fila, no solo se separan para tomar rumbo distinto, sino que llegan á las manos como dos huestes enemigas, se baten y persiguen con ruda saña y feroz

encarnizamiento. El interés no suele ser ageno á tales disensiones y rompimientos, y pudiendo el oro ser considerado como símbolo de varias clases de intereses, bien se puede esclamar: *Auri sacra fames.*

Que el curso del tiempo abra nuevos cauces á las ideas y se entable una incesante lucha entre el espíritu antiguo y el espíritu moderno, cosa es que fácilmente se comprende, ya como causa ya como efecto de las vicisitudes, sin las cuales adolecería de pesada uniformidad la historia del linaje humano. Nada tiene de extraño que los mal avenidos con las instituciones existentes formen un partido que aspire á derrocarlas, ni que tropiecen con otro partido que permaneciendo fiel á las tradiciones de sus mayores las defienda con una especie de cariño filial y de veneración religiosa. Quizás peque el uno de sobrado meticuloso, y el otro cuando menos de ligero y arriscado. Para este toda innovacion es un progreso, para aquel toda innovacion es un peligro: para el uno toda máxima política que no esté marcada con el sello de la antigüedad es una paradoja, para el otro no hay utopia tan descabellada que con el tiempo no pueda convertirse en un hecho real y positivo. Pero entre los que de todo cambio recelan y no consienten en marchar sin haber revestido sus piés con láminas de plomo, y los que sin miramiento alguno quisieran calzarse los talares de Mercurio á fin de volar por las regiones de lo desconocido, surgen partidos intermedios que blasonan de saber navegar entre Scila y Caribdis, evitando la temeridad de estos y la suspicacia de aquellos. Partidos eclécticos que prefieren el empirismo á la lógica, las transacciones á la rigurosa justicia, un equilibrio inestable á la solidez y firmeza de una base indestructible. Partidos que pretender haber hallado el *justo medio*, como si un punto equidistante de la verdad y del error pudiera existir en otra parte mas que en los países imaginarios; que se contentan con vivir al día, y vuelven las espaldas al de ayer, y cierran los ojos para no ver el de mañana; que censuran la política blanca y la negra para imponer la suya abigarrada; que se vanaglorian

de ser á la vez conservadores y reformistas, y se obstinan buscando conciliaciones en extremo dificultosas cuando no del todo imposibles.

Así la nación, que respecto á su manera de pensar y resolver las cuestiones políticas, solo tenia una cabeza y un cerebro, si esta frase nos está permitida, llega á convertirse en una especie de hidra con una multitud de cabezas que opinan de distinto modo acerca de una materia que tanto influye en su prosperidad y bienandanza. Su casi unanimidad de pensamiento degenera en una anarquía intelectual, en una confusión indescriptible: partidos extremos, partidos medios, partidos que se han fraccionado, fracciones que se han subdividido, y cada cual hace distintas afirmaciones, y cada cual abriga designios exclusivos, y como en otra torre de Babel habla cada cual un lenguaje diferente. Su nomenclatura sola bastaria para producir una especie de mareo; y si el propósito de catalogarlos y clasificarlos no se llevaria á cabo sin gran trabajo y paciencia, ¿cómo no habría de ser impropia tarea la de hacer su autopsia moral y filosófica, la de abarcarlos todos en un cuadro sinóptico y descriptivo? ¿En qué intrincado laberinto no se metiera el que tratase de averiguar cuál es la razon de su existencia? en qué se han fundado para formar iglesia aparte? cuáles son los artículos de su credo especial? qué límites les separan de sus afines? en qué consisten sus aspiraciones peculiares? cuáles son los móviles que les impulsan? en qué se asemejan y en qué se distinguen de sus adversarios?

Si se formularan estas preguntas y ellos hubieran de contestarlas, de seguro que no faltarian palabras magníficas y sonoras. Se enalteceria el principio de autoridad, se ahuecariá la voz declamando contra la execrable tiranía, se demostraria la necesidad fundamental del orden; se cantarían las excelencias de la libertad, se emprenderian disertaciones metafísicas acerca de los principios constitutivos de todo-gobierno, ó se limitarían á preconizar las ventajas de una forma determinada; saldrian á relucir los derechos del pueblo, las exigencias de la época, los progresos

de la civilización; y después que cada partido habría hecho una oración *pro domo sua*, concluiría por afirmar que su patria solamente puede ser dichosa y próspera y bienhadada cobijándose bajo los pliegues de su bandera. Parécenos francamente, que quien á tales estudios se dedicase no había de quedar del todo satisfecho con estas esplicaciones. Es muy probable que diera en el tema de creer que bajo el hermoso velo, bordado de frases retumbantes á guisa de lentejuelas de oro, se escondía alguna cosa que se quería pasar en silencio; y si supiese manejar el escalpelo que registra los escondrijos del corazón humano, si estuviese enterado de la historia pública y secreta de las agrupaciones políticas, si escudriñase los antecedentes de los que en ellas mas figuran, si las examinase en su manera de conducirse en la oposición y en las regiones gubernamentales, de seguro vendría á sacar en limpio que la codicia y la ambición han tenido una parte nada secundaria en el origen, en la formación y en la conducta de los partidos. Ellos se llenarán la boca hablando de su moralidad, de sus sacrificios, de su civismo; ellos pondrán sobre las nubes el interés que se toman por la patria; y sin embargo, para todos ellos hay algo mas elevado todavía, y es el interés de su partido. Y ¿qué es el interés de partido sino el foco en que se concentran los intereses individuales de sus seguidores?

Dicen ellos que aman á su patria, y en prueba de este amor se empeñan en formarla á su imagen y semejanza; dicen que aspiran á verla dichosa, pero segun el dictámen de cada partido esto no puede conseguirse sino amoldándola á sus propias ideas. Y para obtener semejante resultado es preciso que solo él maneje las riendas del gobierno, constituya la familia feliz, ocupe los puestos mas elevados, sea el árbitro de la nación. He aquí el bello ideal de los partidos, la razón de su existencia, el resorte de su actividad, el paraíso, el fin para el cual segun su catecismo fueron creados: sus naves tendrán que seguir un derrotero mas ó menos largo, y quizás nunca lleguen á puerto, pero sus pilotos jamás pierden de vista la es-

trella polar que les dirige. Y siendo tales sus esperanzas próximas ó remotas, siendo tales sus aspiraciones ocultas ó paladinas, ¿podrá tildarse de juicio temerario el calificarlas de ambiciosas é interesadas? Bien puede predicarse la tolerancia y el respeto á las opiniones ajenas; si ellas no salieran de la region especulativa, quizás darian algun fruto semejantes predicaciones; pero las ideas políticas tienden á traducirse en hechos, á dominar en el terreno práctico, y esto no pueden verificarlo sin producir una colision de intereses opuestos. Las discusiones políticas por sí solas bastan no pocas veces para agriar los corazones, ¿qué será pues cuando sea el interés el que las motive, las enardezca, las encone? Oh! bienaventurada la nación que se halla dividida por un crecido número de partidos, por la múltiple variedad de sus opiniones, por la constante lucha de sus intereses, porque ella tarde ó temprano se verá convertida en un hervidero de intrigas, en un campo de Agramante, en una mina que explotarán sucesivamente diversas compañías de especuladores! Dirán algunos que este es el fruto natural de la libertad del pensamiento, y dirán otros que esta es una plaga comparable á las de Egipto, con que Dios castiga el orgullo de las sociedades modernas.

T. AGUILÓ.

PASTORAL DE MONSEÑOR DUPANLOUP

CON MOTIVO DE LAS ROGATIVAS PÚBLICAS
PRESCRITAS POR LA ASAMBLEA DE FRANCIA.

«Mis queridos hermanos: La asamblea nacional en su última sesión pidió que se hicieran rogativas en las iglesias de Francia, para obtener el auxilio de Dios en los trabajos de su próxima legislatura. Para responder á este deseo, el domingo 10 de noviembre, víspera del día fijado para la reunión de la asamblea, á la misa mayor seguirá el canto de *Veni Creator* y de la *Salve Regina* en nuestra catedral y en todas las iglesias parroquiales y capillas públicas de la diócesis de Orleans.

¿Y quién no se asociaría con religiosa solicitud á los deseos de la asamblea nacional, á este grande y solemne testimonio de su fe y de su confianza en Dios?

¿Cuándo fué mas necesario invocar para nuestra patria la proteccion de aquel que tiene en sus manos poderosas los corazones de los pueblos y de los príncipes, y puede solo darles la luz y la fuerza, de que tanto han menester en los grandes peligros?

Ante las desgracias de lo pasado y los temores del porvenir, ¿quién no ha sentido que ha llegado el momento de elevar á Dios con mas insistencia que nunca el grito de nuestras oraciones? Pero cualesquiera que sean nuestras inquietudes y nuestras amarguras, es preciso hacer un acto de fe, hermanos míos, con la confianza cristiana que le merece ser acogido. No olvidemos jamás que Dios, tan terrible algunas veces en su justicia, es mas admirable todavía en su misericordia, *superexaltat misericordia judicium: hiere però sana, percutit et manus ejus sanabunt*: sepulta en los abismos, pero tambien saca de ellos cuando ha llegado su hora; *deducit ad inferos et reducit*: ha hecho las naciones curables, *sanabiles fecit nationes orbis terrarum*, y sobre todo á Francia, donde aún suscita tantas nobles virtudes, tantas fuerzas generosas para vencer el mal por el bien, *vinci in bono malum*.

Lo que puede hacer desesperar de un pueblo no son las desgracias que experimenta. No, una gran nacion se templa en las grandes pruebas, y por grandes que sean nuestras pérdidas, por asombrosas que hayan sido las exigencias del vencedor, si no hay otra cosa que deplorar, Francia, rica y fecunda, todo lo habrá reparado pronto. Mas si Dios nos probase en vano, si fuésemos sordos á los golpes de su justicia, si tantas y tan duras lecciones se perdieran, esto seria verdaderamente irreparable.

¡Ah! es menester confesarlo con confusion y dolor: ¡habíamos olvidado demasiado á Dios! Como dice un profeta, todos habíamos pecado mucho: *profunde peccaverunt*. Y Dios se ha recordado á nosotros por medio de señales manifiestas y advertencias terribles.

Pero, por poderoso y terrible que sea, y precisamente porque es el Señor soberano, es tambien el Padre de los hombres, conoce la tierra de que hemos sido formados y se compadece de nosotros: *cognovit figmentum nostrum*; y en uno de los mas notables misterios de su providencia ha querido que hubiera algo en nosotros que pusiera en las manos de nuestra humildad y nuestra flaqueza todo su poder. Sí, como no me cansaré de repetirlo, cualquiera que sea la debilidad del hombre, hay aquí abajo en su corazon frágil un poder oculto, respetable hasta en el cielo mismo, porque es suplicante, *omnipotentia supplex*: la oracion. Y hé ahí por qué la oracion ha sido siempre una necesidad profunda, un tan invencible instinto de la conciencia humana.

Y la asamblea nacional, acordándose de Dios en las desgracias de Francia y pidiendo que rogativas públicas suban al cielo desde todos los altares de la patria, está á la vez en la tradicion de la Francia católica y en la grande tradicion de la humanidad. Pero si tuviéramos siempre ojos para no ver y oídos para no oír, si tampoco tuviéramos corazon para

orar, si persistiésemos en esta infatuacion funesta que apartaba de Dios nuestros sentimientos y nuestros pensamientos y que nos ha embriagado á todos miserablemente, estaríamos perdidos, nuestro pais no tendria esperanza, y no habria para Francia salvacion.

Ya os lo he dicho y os lo repito: de dos años á esta parte la impiedad ha tomado entre nosotros un carácter asombroso, el que san Pablo ha precisado y enérgicamente definido con estas palabras: *Exultatur super omne quod dicitur Deus aut quod colitur*. Dios, todo lo que es del servicio de Dios, la religion, la abnegacion de las almas, esto es lo que hoy persigüe la impiedad con una audacia y un concierto que no se ha visto jamás. No puedo explicar por qué se siente tan á su gusto, pero sus doctrinas mas abyectas y mas revolucionarias no marchan ya por caminos subterráneos; como nuestros rios desbordados, han roto sus diques y amenazan inundarlo todo; ignoro qué poder misterioso las enardece y las desencadena.

De estos tristes tiempos decia en verdad san Pablo: *Instabunt tempora periculosa*. Sí, tiempos llenos de dolores y de alarmas para la sociedad temporal, como para la espiritual! Los mas fuertes convienen en que se padece de una manera estraña; pero, segun la enérgica y penetrante espresion de Bossuet, *lo que se teme es mas temible que lo que se sufre*. ¡Cosa singular! No hay espíritu tan débil que no prevea hoy y no denuncie á la sociedad próximas calamidades, y no hay espíritu tan fuerte que pueda ofrecer y conseguir que se acepte el remedio! ¡Oh Dios! ¿Saldreis pronto de esta noche impenetrable? ¿Qué término dareis á tantas agitaciones y á tantos tormentos?

Sin embargo, en medio de este inmenso desorden de los espíritus y de las costumbres públicas, las mas elevadas, las mas terribles controversias sociales y religiosas se agitan con violencia. Las inteligencias perturbadas, la razon pública debilitada, no bastan: es la confusion de las lenguas. Como en otro tiempo en Babel, los hombres no se entienden; los unos llaman al bien mal, y los otros al mal bien.

Como se ve, despues de las grandes tempestades que conmueven el mundo, aparecer en la superficie de la tierra reptiles desconocidos, animales dañinos hasta entonces ocultos en las entrañas del globo, vemos periódicamente, despues de una tempestad social, surgir entre nosotros una generacion singular de hombres nuevos que de repente lo llena todo. Nada hay para ellos sagrado. Todo cuanto es recuerdo, grandeza pasada, monumentos, leyes, costumbres de nuestros padres, historia, noble antigüedad, hasta la filosofia y las letras; todo les es odioso. Hombres del momento, pigmeos estraños y violentos, nacidos de una tempestad, todo cuanto es de la víspera, todo lo que se eleva y dura, todo lo que promete serenidad y grandeza, todo, todo les disgusta.

Dios, la religion, la familia, los derechos paternos, la propiedad, el hogar doméstico, la santidad

de los lazos conyugales, la dignidad materna misma y la inocencia de los primeros años, cuánto hubo siempre mas puro, mas venerable y mas santo en el corazón del hombre, es audazmente atacado por esa raza nueva, débilmente defendido por otra parte ó cobardemente abandonado. El príncipe de los apóstoles nos ha dicho de esos hombres una palabra de una verdad notable: *La libertad no es para ellos sino el velo de su malicia*; y no se sirven de este gran nombre sino para oprimir y corromper.

Pero lo que hay mas deplorable, lo repito, es que se les resiste mal. Contra ellos las gentes honradas son débiles; se las ve indecisas, vacilantes, tristemente divididas y como paralizadas, todos los esfuerzos son aislados, interrumpidos, impotentes. En vano los prudentes elevan su voz, ésta se pierde como un vano rumor en el aire; todo hombre y toda cosa, toda institucion y toda fuerza, cae sucesivamente y es causa de desengaño.

Búscanse algunas grandes almas, no se las encuentra! Se las llama y no responden. El olvido de sí mismas, la abnegacion les falta á las mejores; la adhesion formal ha cesado de iluminar, de ennoblecer, de animar y de unir á los corazones; el egoísmo, el individualismo constituye el fondo de la triste sociedad á la cual está encadenada nuestra vida. Así, siempre que el viento de las revoluciones se levanta, sucede como en el desierto: no encuentra resistencia. Todo es débil, todo es arena, todo es polvo, todo desaparece á la ventura; y en un dia, en una hora, los valles están en el lugar de las montañas y las montañas donde estaban los valles.

De aquí ¿quién no lo ve? ningun fundamento, ninguna fijeza, ninguna sólida esperanza. Todo está agitado, intranquilo, conmovido; todo gime, todo llora, todo inspira lástima; no se encuentra nada que aguante, nada que baste. Como dice un profeta, no solamente todos los corazones están enfermos, *omne cor mœrens*, sino que los mas fuertes se abaten y languidecen, *omne caput languidum*. La prudencia humana está cansada; la habilidad mas grande pierde el tino; los sabios de la tierra están evidentemente en apuro.

Y apesar de tan justas alarmas y tan tristes previsiones, queridos hermanos míos, no obstante tantos males, esperamos todavía y esperamos siempre, porque esperamos en el Señor, y os convidamos á compartir nuestras esperanzas.

Sí, esperamos en el Señor, á quien pertenece la bondad y la omnipotencia y que solo sabe sacar el bien del mal.

¡Ah! sin duda ha encontrado en sus profundos consejos que vale mas permitir los males que suceden, para cambiarlos en bienes, que no haberlos permitido! No hace el mal, pero permitiéndolo lo domina, lo enfrena y lo gobierna, y lo hace entrar como una fuerza superior en el orden de su Providencia.

Esperemos pues en el Señor! Si ha encontrado que no habia nada tan divino ni mas glorioso para él que mandar al mal y cambiarlo en bien, tambien

ha entrado en sus designios que no habia nada tan noble para nosotros como luchar contra el mal y triunfar por el bien, nada tan glorioso en su criatura como combatir contra el mal por la verdad y la justicia!

— Sepamos combatir y esperar en el Señor, que da á Francia tan terribles y amargas lecciones, porque sin duda quiere concederle tambien la sabiduría y el acierto, para hacerla marchar, como hija predilecta de la Iglesia, á la cabeza del mundo civilizado, y tener el honor de reparar ella misma gloriosamente los grandes males que ha hecho y está sufriendo.

— Esperemos en el Señor, que es el padre de la humana sociedad, Dios del orden, protector de la paz, y que sobre todo há hecho curables á las naciones cristianas.

Es verdad que hace tiempo se halla esta nacion profundamente enferma y conturbadas todas sus gentes, *conturbatae sunt gentes*, y que los imperios del mundo aparecen inclinados hácia su ruina, y que despues de haber abandonado á Dios muchos pueblos, viven ellos abandonados á sí mismos, olvidándose de las eternas leyes del orden divino y atentando á las condiciones de su propia vida.

Pero aun existe un Dios eterno é infinitamente sabio, que al establecer la sociedad de los hombres la ha fundado sobre las grandes leyes del orden público, y de la prosperidad social, subsistiendo como esplendor emanado de la providencia divina estas leyes constitutivas de la humana sociedad, protectoras de la autoridad, de la libertad, del mútuo respeto entre los hombres; de tal manera que no hay mas que levantar los ojos al cielo para vislumbrar en su horizonte luminoso la luz de nuestra seguridad.

Dios, á quien únicamente pertenecen la verdadera sabiduría y la fuerza invencible, hace cambiar cuando es necesario los tiempos y las edades. Hace renacer los siglos que pasaron y rejuvenecer las viejas naciones; inspira las grandes épocas y forma las almas verdaderamente grandes, siendo uno de los mas hermosos espectáculos que puede presenciar la tierra cuando, moviendo su poderosa diestra, hace surgir del mundo á los gefes de los estados ó á los príncipes de la inteligencia, y fecundiza por medio de ellos una nueva creacion operando en el mundo inauditas trasformaciones, y los lanza en un momento dado por las sendas de la luz cristiana para que salven á los pueblos.

Pues bien, yo me deleito en pensar que Dios habrá consentido que hayamos estado al borde del abismo para salvarnos milagrosamente. No ha permitido que se estiendan tan erróneas y espantosas doctrinas, sino para hacer conocer á todos que fuera de la verdad, de la razon cristiana y del evangelio todo es ruina y miseria, y que segun la palabra del profeta solo la justicia eleva las naciones, mientras que el pecado las hace desgraciadas.

No ha consentido las amenazas de una demagogia atea y desenfrenada sino para decirnos á que

nos acerquemos los unos á los otros bajo la inspiración de un nuevo espíritu; para obligarnos, á la sombra de la caridad evangélica, á que nos estrechemos cada vez mas con la iglesia católica alrededor del eterno decálogo, sin el cual no se concibe la autoridad, ni el respeto, ni la ley, ni la familia, ni la propiedad, ni la razón, ni el derecho, ni el deber, ni por lo tanto la sociedad humana en la tierra.

Para librarnos de tamaños peligros, para rehacer nos de tan profundos desastres, no bastan todos nuestros esfuerzos, ó mejor dicho, nuestras propias flaquezas. Necesitamos de aquel que es la suprema bondad como es el supremo poder, rey del mundo y padre de todos los hombres; necesitamos de Dios.

Por eso tenemos que orar.

Oremos pues, hermanos míos. Postrémonos ante los santos altares; depongamos todas nuestras querellas y divisiones para unirnos estrechamente en la concordia y en la justicia; instemos, conjuremos, obliguemos á Dios á que nos salve. Pero al mismo tiempo no perdamos de vista que Dios no nos salvará, si no comenzamos en nosotros mismos la obra de salvación por medio del espíritu del sacrificio, por la renuncia de nuestros resentimientos, de nuestras envidias y de nuestro amor propio, que tan triste papel hace en nuestras humanas contiendas para satisfacer locamente á nuestro orgullo—y esto que digo á los demás me lo digo también á mí mismo, porque nadie debe considerarse de mejor condición que sus hermanos—; y pensemos todos con espanto, lo mismo los grandes que los pequeños, cuánta será nuestra responsabilidad y cual la maldición que nos seguirá siempre ante Dios y ante los hombres, si por nuestra presunción, si por nuestras obstinaciones personales nos apartamos de la paz y de la tregua de Dios si, pudiendo ser el instrumento de salvación, acaso elegido como tal por la Providencia, fuéramos mas bien un obstáculo, si no hacemos en una palabra todo, hasta lo imposible, para arrancar de los abismos á Francia, á la sociedad y á la Iglesia.

Oremos también y oremos de todo nuestro corazón para que Dios se digne inspirar y dirigir el espíritu de todos aquellos á quienes en estos tiempos de confusión ha dado ó impuesto la pesada carga de los poderes públicos. ¡Que Dios los ilustre! ¡Que un rayo de su luminoso espíritu les haga ver con claridad dentro de su propio espíritu! que Dios los ilumine acerca de sus deberes, de sus propios intereses y de su verdadera gloria! ¡Oh, gefes de estado, conductores de pueblos que se os han confiado noblemente, cuán hermosa es vuestra misión, pero también qué terrible! ¡Orad con nosotros, y aun quizás mas que nosotros! ¡Orad con espíritu de humildad para que Dios os atienda, á fin de que vuestra misión sea, no un efímero resplandor, sino el ministerio verdadero de providenciales designios; para que en la hora en que vuestro poder concluya y concluya también vuestra vida, podáis entrar en una patria mejor, con el consuelo supremo de haber levantado, mejorado, asegurado por largos años y

de haber libertado del enemigo y del mal á esta vuestra patria de aquí abajo!

¡Ah! hace ochenta años ya que Francia está esperando una grande alma que pueda salvarla. Alguna vez ha creído verla brillar en el horizonte de su porvenir y de sus destinos. Lo creyó así y se entregó toda entera, porque es confiada y generosa. Pero mas tarde notó que habia sido engañada, que no habia saludado sino á una engañosa lumbrera, en la cual no encontraba ningun recurso positivo, ninguna grandeza, porque carecia de abnegación; y entonces volvió á caer sobre sí misma para desfallecer cada vez mas entre sus angustias, y al sentirse desfallecer de nuevo ha repetido con indecible dolor aquella sentencia de la Escritura: *¡Ah, no era él ciertamente de la raza de los que salvan las naciones!*

¡Dios mío! libradnos esta vez de semejante desgracia!

Felix, obispo de Orleans.—Orleans 27 de octubre de 1872.

CONFERENCIAS DE LA ASOCIACION.

EXISTENCIA DE DIOS.

Al frente de una escogida y numerosa concurrencia, acostumbrada á prestar atento oído á la fácil palabra del presbítero D. Miguel Maura, salpicada á menudo de una gracia familiar y de castizos modismos propios de nuestro dialecto, el jóven é infatigable sacerdote inauguró las tareas de la actual temporada con una de sus bellas improvisaciones acerca de una verdad que es la base y fundamento de todas las verdades. De seguro que ninguno de los oyentes abrigaba la menor duda acerca de la existencia de un Ser único é increado, autor y creador de todas las cosas que afectan á nuestros sentidos ó abarca nuestra inteligencia; y si el orador no hubiese tenido otra mira que la de producir el convencimiento, su discurso hubiera carecido del don de la oportunidad. Dirigiase á un auditorio católico que conserva intacto el depósito de las santas creencias, que fueron el alimento de sus almas casi desde el momento en que la leche materna dejó de serlo de sus cuerpos; pero estas santas creencias, por unos integramente respetadas, se ven por otros rudamente combatidas; y cuando todos estamos expuestos á las agresiones de la incredulidad, conviene que nadie se halle desprovisto de eficaces razones para deshacer sus sofismas y responder á sus falaces argumentos. Hallámonos en tiempos de combate, y puesto que el enemigo nos ataca en nombre de la razón, debemos hacerle ver que en la razón misma tenemos un escudo con que parar sus golpes y un arma con que herirles y confundir su injustificada soberbia. El Sr. Maura no trató de dar al desarrollo de su tema un aspecto original y nuevo, sino que siguiendo los pasos de esclarecidos apologistas,

con una sencillez que no le priva de elocuentes rasgos, recorrió algunas de las numerosísimas pruebas que demuestran la existencia de un Sér supremo, que está sobre todos los demás seres visibles é invisibles, y sin el cual estos no hubieran brotado del seno de la nada. En todos los siglos, bajo todos los climas, en todos los grados de barbarie ó de cultura, los pueblos todos han abrigado esta creencia. La ignorancia, las preocupaciones, la corrupcion de las costumbres, los extravíos de la imaginacion, la han alterado, la han modificado, la han corrompido; pero nunca han podido hollarla. Nunca la historia ha tropezado con vestigios de algun pueblo, de alguna tribu, de alguna horda de salvages que fuese atea; y la misma filosofía no concibe posible la existencia de una sociedad sin Dios. Las aberraciones del entendimiento humano, considerado colectivamente, han llegado hasta el punto de creer en la existencia de varios dioses; pero nunca hasta el extremo de no reconocer la existencia de uno: esta conformidad en una idea, que tanto resalta en medio de la discrepancia de opiniones que á ella se refieren, este consentimiento universal, *consensus omnium populorum*, como decia Ciceron, no solo es una prueba que la religion aduce, sino que en ella hace hincapié toda sensata filosofía. Existe un Dios: llámesele Júpiter ó Allah, Grande Espiritu ó Causa de las causas, Rey de los cielos ó Arquitecto de los mundos, con tales nombres, por mas que varíen al infinito, se despierta una misma idea que está grabada en todo cérebro humano. Idea innata, indeleble, que sobrevive á las ruinas de la fe y de las costumbres, que no puede ser adquirida por las impresiones de los sentidos ni por el estudio de los seres limitados, contingentes y relativos: idea que persigue y acosa al ateo que pretende haberla sacudido y alejado de sí, y sin embargo es su constante pesadilla. El ateo quiere que se le den las pruebas de que existe un Dios; ¿cómo han de hacer mella en él los argumentos, cuando le siente en sí mismo y aun así le niega? Pruebe él á darnos razon de sus negaciones. Si este sentimiento no está grabado en todo corazón, ¿por qué el libertino mas desenfrenado, el salvage mas abyecto, el criminal mas endurecido, el incrédulo mas rehacio, en los momentos de estremo dolor ó de supremo peligro, levanta los ojos al cielo é invoca á Dios á quien antes negaba ó tenia en completo olvido? Ah! que este es el grito de la naturaleza, y proviniendo como proviene de un sentimiento irreflexivo, espontáneo, instintivo, mal puede ser el fruto de la preocupacion, ni de la enseñanza, ni de nada que sea convencional y arbitrario.

Así fué recorriendo una porcion de pruebas, ya sacadas del órden metafísico ya de la contemplacion del universo, que nos darian sobrada materia para estendernos. ¿Cómo puede concebirse un movimiento arreglado sin que exista un motor que haya dado el impulso? ¿cómo las causas secundarias sin una primera? Todas las cosas del mundo se enlazan entre sí, son causa y efecto á la vez, no pueden existir sin que hayan recibido su existencia de otra

cosa y sin que la produzcan en una nueva, forman una cadena de diferentes eslabones, ¿y cómo podremos concebir la idea de una cadena sin un primer anillo? ¿Cómo sin un primero podremos formarnos la idea de un segundo, ni tercero, ni cuarto? El árbol procede de una semilla, la semilla nació de otro árbol; así pues en semejante generacion cualquiera de estos objetos, por desconocido, por elevado que sea el guarismo que le corresponda, ha de tener por fuerza un número determinado. Y si el cuarto procede del tercero y el tercero del segundo siempre nos queda esta pregunta: y el primero ¿de quién procede? No podemos pues remontarnos en busca del origen de objeto alguno, sin encontrar un supremo Hacedor que ha dado á todos los seres su existencia sin que él de nadie la haya recibido. Y este sér es Dios.

La idea dominante en este discurso se vió desarrollada despues de diferente manera en una especie de escena dramática, recitada con bastante naturalidad y gracia por tres muchachos, uno de los cuales se suponía imbuido en las perniciosas ideas de la impiedad que los otros dos vigorosamente combatian. El auditorio quedó muy complacido, y no menos de la maestría con que maneja el violin el Pbro. D. Juan de la Cruz Font, á quien recompensó con nutridos aplausos el buen rato que le habia proporcionado.

Esta noche disertará sobre el tema, *Desgracia de las naciones que desprecian á Jesucristo y su religion*, el Pbro. D. Sebastian Font, y despues el antedicho D. Juan de la Cruz Font amenizará el rato con ejercicios de violin.

La comunicacion, en que con fecha de 8 del corriente la Junta superior de la Asociacion de Católicos en España participa á esta provincial el fallecimiento de su digno presidente el Escmo. Sr. marqués de Viluma, se espresa en los términos siguientes:

«Elegido en circunstancias difíciles para desempeñar aquel puesto y dirigir la Asociacion en momentos en que se trataba de salvar nuestra preciada unidad religiosa, aceptó dicho cargo á pesar suyo y de su estado valetudinario, cediendo á los ruegos de los católicos fervientes de Madrid y á las indicaciones de muy respetables prelados. La divina providencia habrá premiado los trabajos y los esfuerzos hechos por él en obsequio de la Iglesia y de los intereses católicos, debiendo nosotros pedir á Dios que los premie aunando para ello nuestras oraciones y sufragios.»

En consecuencia dispuso la junta provincial que el viérnes 22 del actual se celebrase en la iglesia parroquial de S. Nicolás un turno de misas desde 7 á 12 de la mañana en sufragio del alma del difunto, como así se verificó con asistencia de muchos socios y de otros que quisieron honrar la memoria de tan insigne patricio.

ERRATA NOTABLE. En el artículo necrológico del marqués de Viluma, núm. correspondiente al 3 del actual, pág. 283 col. 2.ª lin. 15, donde dice 1843 léase 1863.